

La expresión plástica como eje educativo y pedagógico de entendimiento e integración social

POR

Juan ROMERA AGULLÓ

Profesor T.E.U. de la Facultad de Educación de Murcia. Área de Dibujo

1.

Entendida como elemento axial en el perfeccionamiento de los usos y costumbres sociales colectivos de los pueblos, toda educación propende al desarrollo armónico del individuo en tanto parámetro de *significación esencial*. Imperativo de necesidad, la educación configura razones universales de asunción intelectual; y no sólo eso, conforma individuos, los equilibra con la realidad circundante y los proyecta en la causa común del perfeccionamiento.

En todas las épocas de la historia pasada, salvo deliberadas coacciones de índole cultural, ideológica e incluso de organización social intrínsecamente, la educación se ha erigido como incuestionable pieza básica del ordenamiento cultural de los pueblos. Se ha constituido siempre como prioritario en la formación *esencial* del individuo.

Priorizada, por tanto, la función educativa como *propuesta real de entendimiento social*, los diversos componentes de la selección de materias y disciplinas se vertebran desde la diversidad y la mecánica interdisciplinar.

Esto ya sentencia palmariamente una vía de adecuación que, acaso, se nos revele como insatisfactoria en cuanto a ordenaciones más complejas de educación, de especificidad o cuando menos de proyección universal de saberes: la formación como individuos desde la *singularidad temática como respuesta de alternativa efectiva* ante un fardo de conocimientos de escasa concurrencia íntima y de menor rentabilidad pedagógica a causa de su mera incidencia en buena parte de los educandos de nuestros días, sofocados por la dispersión de saberes inútiles y componendas técnicas de nulo resultado educacional.

Los hechos no desmienten la actualidad. Hoy por hoy los docentes deberían diferenciar educación como conjunto interdisciplinar básico de otras ordenaciones posteriores de mayor entidad (la universidad, por ejemplo; el mundo empresarial, asimismo; o la misma vuelta de turca: educandos que terminan luego de sus estudios en educadores) o educación como *significación terminal*, lógica de coherencia, proyectadora de nuevas resoluciones pedagógicas y por encima de todo, poseedora de la principal función de su cometido: *ser capaz de despertar curiosidad en el individuo por sí mismo, por las cosas y fenómenos que le rodean y por la cobertura enriquecedora que le propician sus semejantes en tanto integrantes como él de una organización social y cultural.*

En este punto, por consiguiente, nos hallamos en lo que posiblemente esté llamado a convertirse en un futuro no excesivamente lejano en la constante de mayor incidencia en el mundo educativo moderno. No cabe duda de la necesidad acuciante de revelar nuevos modos y vías prácticas docentes que no sólo toleren una educación integral de cientificismo, de lógica cartesiana y racionalidad a ultranza; es preciso, puesto que ya es obvio que la educación es *más un método de vía al conocimiento que una extraña finalidad en sí misma*, que modernas materias y modernos tratamientos pedagógicos suplanten codificaciones formativas de obsoletas conclusiones.

Entendemos que una educación básica de conocimiento acredita con mayor fortuna resultados plausibles de perfeccionamiento desde la libre asunción de postulados (el arte y la creación, por ejemplo; las mismas sugerencias avaladas por el alumnado) que desde la imposición normativa de materias de escasa incidencia social, de nulo cometido cultural y de incorrectos planteamientos humanísticos.

Sabemos que una educación consciente no enmascara sus propuestas en el rigor de sus enunciados pedagógicos. Esto sería un tecnicismo falaz de mediocre pedagogía. La educación, conjuntos de métodos abiertos de adecuación, encuentra su mayor razón de ser como componente social de actividad formativa en la *propuesta universal de mejoramiento de las capacidades intelectivas y prácticas del individuo, más allá de las posibilidades convencionales de un reglado docente agobiado de referencias pasadas de nula contrastación al margen de su vigencia como fórmula reiterativa de modelo factual.* Es

decir, descreemos de los precedentes educacionales validados únicamente por su carácter de mera componenda de disciplina. Lo honesto, lo real, lo verdaderamente de consecuencia en una educación integradora no es ni más ni menos que la capacidad de contrastación *directa y social* por parte de sus educandos en la organización social y cultural que los cobija. El hecho es de por sí lo suficientemente evaluable como para poder cuestionar refutaciones sin mayor pretensión que perpetuar el adocenado ámbito que las genera. La educación libre genera hombres y mujeres libres. La educación abierta ante nuevos modelos de perfeccionamiento sólo puede mejorar ostensiblemente a aquellos hombres y mujeres. Por contra, una educación adocenada, normativa y recurrente de disciplinas carentes de *futuro, de creatividad y de integración cultural* ha de generar alumnos frustrados en concepciones y malogrados en prácticas laborales e incluso de personal preferencia.

A lo largo de nuestra actividad docente mucha ha sido la casuística que ha facilitado nuestra capacidad de comprensión ante fracasos escolares (y en el fondo bien sabemos que esto no ha de ser *necesariamente* el paso previo a posteriores fracasos personales, familiares, sociales y laborales); el cifrado de tantas y opuestas y contradictorias claudicaciones frente a la integración desde cualquier estamento en la sociedad. No se fracasa por la *no asunción de determinados estándares educacionales y el contenido arbitrario de sus objetivos disciplinares*: se fracasa por la estrechez de miras con que los educandos resuelven su particular campo de actuación formativa y educativa mediante pautas de operatividad periclitadas y arrumbadas por la misma dinámica histórico-social de los nuevos comportamientos sociales: enseñar reglados matemáticos, formulaciones químicas y reglas sintácticas de instrumentalización *a quien no quiere aprenderlas* además de una pérdida de tiempo es una solemne estupidez que termina desvirtuando netamente una política educativa a tenor de los abrumadores resultados negativos de su aplicación. Educamos hombres y mujeres del futuro; en modo alguno nos concluimos los docentes por la elemental arbitrariedad de disposiciones sin más concierto que su misma vigencia a través del tiempo, su misma imposición.

A la falta de imaginación en las actuales coordenadas de actuación pedagógica, auténtico hilo conductor de todo índice programático, se observa al mismo tiempo una renuencia medrosa a incorporar de *pleno derecho* materias más incursas en el tejido social y cultural de nuestros días que aquéllas únicamente validadas *desde el absoluto albedrío de su elección por parte del alumno o su exigencia por parte de oscuros y callados departamentos direccionales alejados de la realidad y sujetos a la alambicada pleitesía de sus orígenes obsoletos*.

Otra es la realidad, otros los alumnos y educandos que a partir de prioridades personales e incluso laborales y lúdicas señalan acaso de manera inconsciente la tendencia del planeta a la cada vez más subrayada importancia de las materias opcionales, marginales y

novedosas de conceptos y formulaciones prácticas. Es precisamente ese imbricamiento social nuevo y diferente el que demanda nuevas soluciones educacionales del individuo: educar es formar seres humanos. Cualquier cosa diferente a esto se halla más cerca del pasado y su tedio improductivo que de la esperanza de un futuro de educación lleno de dudas, pero por eso mismo válido, honesto y creíble por encima de todo. Las sociedades del futuro, de un futuro cada día más próximo, se afianzarán desde la duda, de nada pontificarán y con extremo cuidado llegarán a conclusiones radicales: es el hombre objeto de toda educación, pero también sujeto, y como administrador de ideas antiguas y vislumbreador de las nuevas su misión no ha de ser otra que educar para resolver problemas que no pueden ser otra cosa sino atributivas de las limitaciones del hombre, franqueables barreras que desmienten toda seguridad y abonan futuras sociedades desde la duda enriquecedora. Se parte desde la duda; desde ahí obra la cultura y la dimensión histórica del hombre.

Hablamos de la dimensión platónica, una política educativa avivada desde la discusión y la polémica; aquélla en definitiva que obliga a pensar porque las cosas exigen el nombre y el nombre el origen. Es la invención, que nace del cuestionamiento, la que mueve el mundo de la educación, y en consecuencia sus mismos postulados de adecuación didáctica. Sólo desde la constante invención de nuevos modelos pedagógicos y materias novedosas, acordes con la realidad de su mundo y circunstancia, es posible el progreso de la educación oficializada. Pues otras vías educativas de alternancia coexisten, y nada debe hacernos pensar que salvo por las titulaciones acreditadas por aburridas administraciones sean diferentes o superiores aquéllas a estas últimas. La educación es empeño de perfeccionamiento humano, una mística que atendiendo la vorágine aceleradora de las innovaciones tecnológicas actuales será capaz absolutamente de salvarnos tanto de las torpezas del pasado y las onerosas precipitaciones del futuro como del propio desaliento del presente.

2.

¿Qué alternativas, o en un plano de mayor humildad sugerencias, seríamos capaces los docentes comprometidos con nuestra realidad educativa de ahora de elevar por encima de la apatía programática de impenitente rosario de cursos disciplinares y materias de infinita claudicación? ¿Cuál sería la utilidad perdurable? ¿Qué inútil acopio de datos, acumulación engorrosa de naderías denotativas ocultaría en lo más recóndito la pepita de oro de la sabiduría? Esto no es fácil saberlo, y es dudoso que pueda alcanzar a ser certidumbre algún día. La selectividad social e intelectual de los tiempos disuelven lo adicio-

nal, lo meramente accesorio de toda educación. Estamos seguros de que ninguna de las nociones elementales de cualquier materia en los estadios iniciales de la educación contribuyen de manera decisiva en una formación futura general o de especificidad: tal vez a lo único que contribuya sea a la consolidación de la contraeducación. Si huelga el adoc-trinamiento, las didácticas de mera teoría procesual y los índices curriculares de despacho, la única educación que es cultura es la que contempla al ser humano como ese ser que simplemente es: *humano*, y por ello conformado en *entidad social*. Atendamos, pues, su educación prioritaria partiendo del origen de su sensibilidad y humana correspondencia: un ser que se quiere armónico y socialmente validado por su primera e irrenunciable condición: ser único, pero también consciente de su innegable ligazón a una colectividad reconocida por sus seculares raigambres de grupo. Una univocidad e indivisibilidad incuestionables y de singular vivencia: su aporte, siempre, será de concreción, y será único. Pues él es sólo y uno en el mundo, pero en el mundo de los otros que es el suyo mismo.

En lo que a nosotros respecta no hemos dudado nunca en la función de una práctica docente inmersa en las coordenadas sociales más estrictas, aquéllas que en verdad terminan justificando toda educación y configura netamente sus objetivos primordiales. Siempre hemos creído que una auténtica educación apela a través de los correspondientes mecanismos de técnica didáctica a las *prioridades sociales básicas*, a aquéllos contenidos que instauran una organización humana desde sus más acendrados deseos de igualdad social y de cultura.

Desde esta perspectiva los docentes hemos intentado, a lo largo de los años, vertebrar una enseñanza que midiera su *grado de modernidad* en tanto devenía *grado de efectividad* contrastado en las aulas. Quizás esto no dejaba de ser una entelequia dentro de las corrientes pedagógicas desde hace décadas: todo rendimiento escolar, por seguir esa axiología tan vinculante durante lustros, no era evaluable a partir de constantes personalizadas del educando sino más bien a partir de preprogramas establecidos que conllevaban adicionalmente su propia escala de medición; es decir, se alejaban del alumno y sus capacidades en gran medida, con lo que su perfeccionamiento, *que pudiera venir de cualquier origen intelectual, menestral o de sectores de servicio*, salvo los casos afortunados de toda carrera estudiantil se malogra en simples nociones reduccionistas de materias indeseadas.

La educación, una educación firmemente imbricada en lo social, realista y honesta, rotunda y de objetivos clarificados, atiende la mejora de los individuos y su posterior incrustación en la sociedad que ha de acreditarlos, y nunca esa educación debería entender que el educando debe convertirse en un compendio de saberes, teorías, e introducciones simplistas de disciplinas ajenas a su interés.

Este es un error social, clasista ideológicamente y predestinado al fracaso: es la educación un despertar a la propia conciencia del mundo, a uno mismo, al perdurable legado

de una cultura que empezó siéndolo cuando deviene la piedra instrumento y se pone nombre a las cosas. Una cultura de asunción a la realidad, acuciante o comfortable, una realidad social que siempre termina presidiéndolo todo.

Inmersos en la docencia artística, desde nuestro punto de vista concebimos una educación que no es sino *cultura social ante todo*, más allá de planteamientos didácticos e incluso más allá de razones de naturaleza pedagógica. Nuestro concepto de educación dimana de las *propias características del alumno, de sus propias apetencias y, extraordinariamente, de sus propias limitaciones. Es el educando quien debe delimitar su ámbito de intervención como alumno. Sólo así entiende una enseñanza* que intenta integrarlo en una forma de *cultura: la suya propia, aquélla que le refrenda como entidad social de aprendizaje.*

Tal vez sea ese carácter de creatividad que gobierna enteramente nuestra disciplina en los diversos estadios de aplicación didáctica que nuestra visión sea de criterio flexible —una de sus máximas cualidades— y, desde luego, abierta a cualquier proposición de alcance de practicidad. Erigimos una enseñanza artística desde la más absoluta libertad creacional; a veces sin modelo de referente, y cuando se hace preciso sin conformarlo como guía rigurosa de expresión y manifestación artísticas. La plástica demanda concursos de íntima complacencia, convoca libertades personales de interpretación, y éstas nunca pueden ser incorrectas. Es la expresión plástica excelente venero de alumbramientos de sensibilidad y acoples sociales de alcance: individuos sensibilizados, conscientes del equilibrio universal y plástico de las cosas y su orden no pueden por menos de trascenderse en verdaderos comportamientos sociales, perfectamente integrados en entornos de competitividad y francas dificultades. Sensibilizado social y estéticamente, los educandos de hoy no deberían en un futuro sentirse sacrificados por la ausencia de la creatividad individual, una forja capaz de afrontar los diversos retos profesionales o de promoción social sin el lastre de los temores que pueden sentir todos aquéllos que no piensan por sí mismos, porque a ello no se les enseñó.

La plástica, su entendimiento con la urdimbre social que genera, es una de las soluciones para empezar a aprender a *pensar por sí mismo*, ya que una de las prerrogativas de la creatividad es el libre albedrío que propicia su manifestación. Por tanto, la curiosidad intelectual es el lógico corolario de una educación que fundamenta la formación de seres humanos en sociedad a partir de parámetros de significación de singularidad y nunca de huera normativa: *toda manifestación plástica aboga por la consecución humanista del individuo y hace hincapié desde sus limitadas coordinadas de actuación docente en desarrollarlo integralmente mediante estímulos a sus propias e inequívocas capacidades.* Una enseñanza artística renuncia por principio categórico a establecer pautas de extremo rigor didáctico, uniformidades de rigidez y formulaciones estrictas de contenido axio-

mático. La enseñanza artística y sus directrices fundamentales de formación se sustentan intrínsecamente de la libertad y la comprensión intelectivas, de los procesos educativos más abiertos a la imaginación y al activismo creacional.

La estética en la educación salva aquellas imposiciones y, todavía más, principia las bases para su absoluta erradicación de la sociedad actual significada y desgraciadamente distinguida de crispaciones, falsas competitividades y miserables ambiciones de la más pura materialidad e inoperancia humanística.

La importancia de una educación artística en los estadios iniciales de la enseñanza conforma educandos que hacen de la capacidad creadora la principal fuente de sus aportaciones no sólo profesionales sino, asimismo, sociales y culturales, con lo cual se constituyen como referentes inexcusables de sociedades abiertas, enriquecedoras y de pedagogías diferenciadas, de múltiples estrategias educacionales y amplia casuística de materias docentes. El futuro contexto de intervención profesional ya exige una educación que contemple en lo social un amplio segmento de opciones curriculares y métodos didácticos: en el fondo, no se trata sino de lograr una educación multidiversa que se corresponda con *esa misma sociedad abierta* y que muy pronto se le planteará al educando en la misma vida profesional donde ha de dirimir sus capacidades, creatividad y logros y propuestas de interés social.

Nosotros descreemos de una pedagogía ausente tanto del componente que mejor la define, *la justificación social*, como de la ausencia en la educación de una materia, *la expresión plástica*, capaz de alumbrar nuevas fórmulas no ya de renovación de estructuras procesuales de entendimiento sino de culminar en auténticas reformas revolucionarias en esencia, en la misma raíz de los contenidos programáticos y su misma organización como temáticas de interés preferencial. La enseñanza en las sociedades modernas exige adecuación entre objetivos sociales propuestos y la formación humanista y científica de los educandos. Enseñar debería tener como principio de esencialidad *enseñar a ser*, y esto antes que otra cosa. De nada sirve un conocimiento desde el más profundo desconcierto ante la sociedad que ampara la misma existencia como individuo integrado en una organización de progreso moral y ético.

Sabemos por propia experiencia que malograr curiosidades iniciales en la enseñanza por el simple hecho de no ajustarse a *programas docentes establecidos* es el primer paso para el fracaso escolar. Se trataría de una pedagogía *cerrada*, carente de imaginación y muy poco enraizada en la disparidad de propuestas y postulados que constituyen las sociedades actuales. La contradicción de aquella pedagogía es manifiesta: se resuelve en la falacia de pretender *formación* en el alumnado cuando en realidad provoca recelo y concluye en discursos de nula aplicación ética, moral y social, puesto que atiende estadios técnico-intelectivos de escasa relevancia. Se imparten fardos de datos e información profusa pero no se contribuye a razonar

conocimiento y a fomentar la curiosidad del que *quiere conocer*. En otras palabras, las técnicas didácticas que paradójicamente progresan cada vez más en mecanismos de innegable modernidad y eficacia se ponen al servicio de contenidos *periclitados* o cuando menos obsoletos en relación a sus posibilidades de resultado social. Toda educación aspira a la proyección de individuos conscientes de su integración social, en la que la marginación devendría *la singularidad*, de ahí que pensemos que una enseñanza recurrente en valores de cuestionable entidad más bien se degrada a sí misma que justifica su imposición moral. Toda educación es un medio de perfeccionamiento, un sistema de aprendizaje intelectual, y por encima de todo ético, de neta configuración social.

El arte revela insospechadas capacidades en el individuo. Resulta que la creatividad, entendida como libre expresión de una *autonomía personal*, carece de grados de medición que corrijan propuestas o formulaciones. Salvados los mínimos imperativos técnicos la práctica artística de continuidad favorece en el alumno la inspiración de una *visión abierta, flexible y comprensiva del mundo en su manifestación total*.

La *expresión plástica* rechaza por definición apriorismos normativos estrictos: consecuentemente avala experiencias didácticas de libertad y que instauren en el educando facultades de interpretación generosa y creativa, tanto en los *procedimientos como en los contenidos disciplinares*. Una conciencia estética promueve indefectiblemente individuos no sólo de practicidad sino a la vez *de comprensión y ejercicio creacional activo*.

En nuestros días la *Expresión Plástica* como disciplina docente ha dado lugar, como casi todas las materias de programa, a una indeseable evidencia: la realidad social, su avance y mediación ya superan intelectual y formalmente la realidad del aula. De este modo se observan unas innovaciones plástico-técnicas que satisfacen una demanda social de ocio inmersa en una cultura general ya de absoluta imagen. La imagen lo es todo en la actualidad. Y algo más evidente todavía: *la imagen animada*.

Conscientes de ello, como profesores de *Expresión Plástica* no nos cansaremos de hacer observar la necesidad prioritaria de adecuar programas docentes *en coherencia* con la realidad social, de avalar por consiguiente *no sólo pedagogías abiertas sino también contenidos de modernidad: sólo esto propicia individuos realmente formados ética y socialmente*. Sin máscaras de conocimiento accesorio y prescindible.

3.

Vertebrar una educación desde la práctica artística exige indudablemente una correspondencia de índole pedagógica con las demás materias de currículo, un equilibrio tanto

didáctico, de intervención docente, como una interdependencia que no excluya contenidos de especificidad. Se trataría, en suma, de lograr una *conciencia estética que homogeneizase una docencia multidisciplinar, sea del signo que fuese*.

Más allá de la esencia de una asignatura, su intrínseca valoración como materia de especialidad (letras o ciencias), nos encontramos con la carga de estética adicional que conlleva su diseño intelectual y su configuración lectiva. Así, no cabe duda que cualquier tipo de enseñanza específica requiere como añadidura una *forma* de didáctica que en mayor o menor grado alcanza a enriquecer su asunción teórica y de praxis. La enseñanza artística debería velar por esa adición estética en cualquier tipo de asignatura.

Por otra parte, es sabido que *educación* no demanda estrictamente un contenido de rigor: se educa mediante el conocimiento, y es éste el cauce *real* de la formación de un educando. Impulsar la *expresividad del alumno* a partir de etapas iniciales de formación otorga móviles actuantes de *imaginación creadora en cualquier ámbito educacional*. Favorece la amplitud de conceptos frente a estrecheces intelectuales y dogmatismos culturales, con lo cual se propicia una absoluta ecuanimidad en el análisis y enjuiciamiento de cualquier materia social.

En cualquier caso las servidumbres que acechan a la docencia de una asignatura como *Expresión Plástica* son evidentes, así como la consideración curricular que suscita en diseños programáticos de pura convencionalidad. De este modo, el arte en la educación de nuestros días no es sino una cuestión adicional, periférica sin más miramiento educativo que el que supone su simple observación semanal lectiva. Los resultados en consecuencia no pueden ser más lamentables en un alumnado que ignora toda noción de estética en su derrotero humano y social. Y la *estética*, como elemento de formación de primer orden, se halla mal que nos pese en lo más esencial de toda actividad. La *estética* no es elemento de adición de enseñanza, es *motor de creación* en todos los niveles sociales, y en estadios de formación de personalidad el fundamento de una existencia equilibrada y en sosiego con su entorno.

El arte, su misma práctica como hábito social, sería incluso solución de entendimiento general no sólo de cultura sino inclusive de carácter epistemológico, y en un plano de pedagogía más específica, de enseñanza científica, la comprensión de sus enunciados desde adecuaciones didácticas de imaginación y creatividad facilitarían su mismo aprendizaje.

Constituida como eje de vertebración educativa la enseñanza artística, *Expresión plástica* en su acepción más puntual, sería capaz de organizar una conciencia eminentemente estética de auténtico aprovechamiento cultural y técnico. El arte es un mecanismo de autoeducación, tal vez el más libre y espontáneo a la vez que enriquecedor (como seres

humanos lo esencial es concluirse en la creación, en la aportación única e intrasferible, individual, al colectivo cultural del que formamos parte), por consiguiente el medio más eficaz de autovaloración y reconocimiento de las propias e íntimas capacidades.

Esto supone ni más ni menos que el perfeccionamiento y aun el origen de la *sensibilización* intelectual y emocional iniciales del ser humano. Lo que le hace realmente libre socialmente y ante cualquier manifestación cultural e ideológica de progreso o simple conveniencia. La educación artística le *enseña* a elegir, lo insta a *libre ante la opción*.

Ya apuntamos en otro lugar que una educación asentada sobre lo mecánico, configurada por elementos de concreción técnica y formularios y programas de contundente adaptación ante épocas de innovación tecnológica, competitivas o mezquinamente mercantiles carece de sentido: el único que tendría sería el de su misma apelación a lo inmediato, al logro grosero de su resultado práctico y materialista. Y todo lo inmediato desmiente una auténtica evolución humanista y social del individuo: lo revela desde lo práctico, lo mensurable y, en consecuencia, lo mudable al paso del tiempo.

Sin equilibrio en los medios de educación, sin la atemperación que inserta en la formación del individuo el *hecho artístico* —su posibilidad real de ser creativo—, todo programa de enseñanza integral concluye en imperfecto. Sin la huella moderadora de la estética la función educativa se normaliza en la mediocridad y en la ausencia de *realismo social y cultural*, en el distanciamiento de la sociedad *verdadera e inequívoca* de la que emanan los educandos y que en lógica consecuencia han de reintegrarse profesional y moralmente luego de su formación en las aulas.

El resultado previsible de una educación sin el *eje reformador y ético* de la plástica como exponente de práctica creativa en cualquier contenido de asignatura consistiría en educandos programados a partir de aprendizajes controlados y condicionados de entidad sectaria o profundamente interesada. En resumen, individuos transformados en *ejercicios experimentales de adecuación técnica, ideológica e indudablemente materialista*.

El arte en la educación responde más allá de simples planteamientos de adición programática o concepciones triviales de consideración: es una *necesidad natural* y, sobre todo, el fundamento esencial para una correcta integración del individuo en una sociedad que debería aspirar cada día (inclusive desde la más elemental pedagogía) a ser más justa, más completa, más armónica y equilibrada y especialmente más ética.